EL POETA EN ACTOS

LA ANTORCHA PERDIDA DE LA POESÍA

INICIACIÓN, ÉTICA Y ESTÉTICA

EXODUS

EL POETA EN ACTOS

LA ANTORCHA PERDIDA DE LA POESÍA

INICIACIÓN, ÉTICA Y ESTÉTICA

EXODUS

La antorcha perdida de la poesía. Iniciación, ética y estética

© El poeta en actos (Ángel Velázquez Callejas), 2020

Primera edición: septiembre de 2012
Segunda edición: octubre de 2021

De la presente edición:
© Ediciones Exodus, 2021

Dirección Editorial y Dirección de arte: Roger Castillejo Olán

Ediciones Exodus, sello editorial de Ego de Kaska Foundation Inc.
www.egodekaska.com

ISBN: 979-84-88347-66-3

Bajo las sanciones establecidas por la legislación, están rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción parcial o total de esta obra mediante cualquier procedimiento mecánico o electrónico, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Sumario

Introduccion a la nueva edición 11
A manera de prólogo:
Liberación en la poesía en actos 13

Del Poeta en Actos 17
No soy enemigo de los poetas 19
Comienza la era del poeta en actos 22
Sistema de pensamiento vs experimentación..27
De la poesía incompleta y la verdad poética ...30
Mito y realidad del poeta en actos 35
Tres niveles de la poesía en actos 38
Decencia absoluta del poeta en actos 40
¿Poeta en actos? 42
El don del poeta es transmitir la vida.....45
Gurdjieff y el ser poético indefinible 49
Poesía y voluntad de poder 52
El poeta que nunca fue 54
Perfeccionismo vs poesía 61
Una fórmula contra el insomnio.....65
Psicoanálisis vs poesía 68
El absurdo de la poesía 71
Cinismo de la poesía.....74
Estafa de la poesía 78
Usain Bolt y la gracia de la poesía.....81

La vida es un acontecer poético 84
Imagen, poesía y voluntad de poder.....88
La poesía es un método de investigación.....95
Drama y poesía en la literatura cubana.....98
Medida de la poesía 100
Tres dimensiones de la poesía 103
Psicología de la poesía en actos..... 106
El hombre vive como poeta 109

Criticas Poeticas 117
Octavio Paz y la dimensión del poeta
en actos..... 119
Arthur Rimbaud y el canto de la poesía..... 123
El poeta en actos contra la determinación
histórica..... 126
De cómo los «Dioses» se burlaron
de los poetas..... 128
La antorcha perdida de la poesía 136
La guerra de los poetas..... 139
Poetas menores..... 142
El estímulo del *Feeling* 145
La vida del acto poético..... 148
¿Muerte de la poesía?..... 152
Una poética contra los demonios 155
El Yo teológico en la poética
de Eliseo Diego..... 158
El encierro de las palabras 161
El patíbulo de las palabras 164

Crítica Poética 167
Erótica, el espacio interior..... 169

Del impulso sexual al espíritu poético 179
El impulso poético de Maurice Sparks..... 184
Sobre Lezama Lima o el azar concurrente..... 188
La meta estética de Regino Boti:
La conclusión del crítico 191
Juan Carlos Recio, folclor y literatura..... 195
Geometría del terruño: Patria
y localidad de un tiempo deslumbrado..... 197
La pasión del ignorante 201
Ojos de Godo rojo, la voluntad en la
imaginación 203
Zonas al margen, zona desconocida..... 207
¿Razon poetica? 209
La poética de la diferencia
y espiritualizacion 220
Ouspensky, paloma cabadas
y la conciencia lúcida poética..... 228

A Ángel Guillermo, mi hijo

Introduccion a la nueva edición

La antorcha perdida de la poesía cuyo autor lleva como seudónimo «El poeta en actos», nos habla en lontananza con voz cándida, angustiosa muchas veces, pero con el optimismo que caracteriza a cualquier «bambú hueco». «El poeta en actos» no está de acuerdo (un punto de vista modesto) con las llamadas convenciones e invenciones humanas. Todo canon y antología reduce a la «poesía» a meras poses de intelectualismo pedestre. En cambio, la «creación poética» es un don de la existencia, del «ser en el mundo» y el poeta su «médium» primordial. La «rima» cuyo simbolismo no se detiene en simples metáforas e imágenes, constituye el materialismo de la «danza del funámbulo», del equilibrista que algún día repite en la cuerda floja un mal paso y cae al vacío.

No soy poeta, al menos poeta en versos. Dada las circunstancias de una época (2011-21) eruptiva de poetas, como la que vivimos hoy en Playa Albina, me decidí a escribir y publicar este humilde libro bajo el seudónimo El poeta en actos. *La antorcha perdida de la poesía* es un ejercicio crítico, sin muchas pretensiones contra la ignominia a que fuese sometida el alma de la poesía.

José Martí en días gloriosos antes de arribar a tierras cubanas dijo: «tengo miedo morir siendo un poeta en versos, quisiera antes de morir ser un poeta en actos». Ser, en el contexto ontológico de venir al lenguaje, de venir a la poesía. Somos seres, ontológicamente, poéticos.

La cultura libresca también forma parte de mi «existencia real». Cuando publiqué el libro «El poeta en actos» me transformé en libro: ahora pueden leerme como la existencia libresca o como el «ser ahí» en el libro. Mi alma se disuelve en el libro del poeta en actos. Mi existencia es tan antigua que no tiene origen. Soy la reencarnación de Píndaro…

El principal problema del hombre estriba en el lenguaje de las palabras; se preocupa demasiado por conocer el significado lingüístico y se olvida del significado existencial. Es muy fácil, desde luego, ir a los cementerios de palabras (a los diccionarios) y recoger el significado, pero es duro, arduo y casi imposible trasladarse a la zona del espíritu y encontrar el significado de la verdad. Casi toda nuestra literatura se fabrica base a los cementerios de palabras…

A manera de prólogo

Liberación en la poesía en actos

La crítica de Ángel Velázquez Callejas, así como sus ensayos y artículos en torno al Poeta en Actos, fundamentalmente escritos entre los años 2011 y 2012, han suscitado diversas reacciones en el ámbito del exilio cubano, incluso más allá. Unas airadas o quejosas, otras más constructivas e, incluso, agradecidas. Pero indudablemente el particular enfoque de Callejas ha levantado ronchas. Así, en este libro el autor compila varios de los trabajos que han dado lugar a que el concepto «poeta en actos» se ponga de moda, azuzando, a su vez, las malas pulgas de algunos poetas contemporáneos.

No es que muchos de los escritores reseñados por Velázquez Callejas carezcan de validez, tal y como lo interpreto. No es que sus respectivas obras carezcan de valores intrínsecamente literarios, que seguramente, salvo las pintorescas excepciones habituales, los tienen. Se trata de que el crítico parta de otro enfoque, de una visión más espiritual que formal —más ambiciosa—, para arribar a sus conclusiones. Parte del desafío que implica romper con los esquematismos al uso. Desafío

personificado en el Poeta en Actos, cuya visión y experiencias recoge este libro.

En este sentido —muchos de los ensayos y reseñas reunidos aquí aparecieron previamente en el ciberespacio—, hay que decir que Internet ha llegado para liberarnos, para dimensionar la poesía en actos abriendo un espacio de trascendencia y rompimiento. Ya no somos rehenes de la tradición, y cada vez menos de la burocracia bananera de las influencias, la corrupción y los intercambios de favores. Ahora está en condiciones de mostrarse, de liberarse del ninguneo deliberado, lo verdaderamente original y valioso: lo diferente. Y lo hará, ya lo está haciendo. *La antorcha perdida de la poesía* es una prueba de ello.

Entiendo que a Callejas le interese menos la calidad o corrección literaria de ciertos poetas, o de la poesía tradicional, que su posible evolución hacia lo que podríamos llamar la «trascendencia de lo vital», el Hecho de la Plenitud. Entiendo que le interese menos lo tradicional. Tanta buena literatura se acumula ya bajo los puentes que un aporte más funciona como otra gota en el mar. Gota que agranda apenas el mar, minúscula partícula en el inabarcable océano de obras y autores que arrastra la tradición. Así que parece hora de naufragar en la orilla y plantar bandera, o tienda de campaña, o lo que sea. De construir castillos en la arena que, se lleve o no la marea, no secuestrarán al constructor. Cualquier cosa con tal de dejar de dejarnos llevar por la corriente, de dejar de flotar inermes en la inmensidad oceánica de la tradición y la Historia.

La compasión, como me dijo en una ocasión el propio Callejas, puede ser también un martillazo. Un martillazo puede romper cadenas y liberarnos del ego esclavista, de la tiranía de la vanidad. Puede hacernos crecer.

Armando Añel,
Miami, marzo de 2012

DEL POETA EN ACTOS

No soy enemigo de los poetas

Ataque, contraataque, defensa: el arte de la guerra intelectual.

Si alguien dice por ahí que «atacar» forma una condición sine qua non de mis inclinaciones intelectuales preferidas, no se equivoca. Por naturaleza, soy de perfil combativo y, si se prefiere, amante a la dinamita. Pero esta «combatividad», si cabe el término aquí, no supone tener al frente, sino un «contrario» (oponente) de condición corpulenta, entrenada, para la cual se requiere, según el desarrollo exigente del combate, resistencia y poder, y no proyecciones de menguada agresividad.

En este sentido, el tono «agresivo», bravucón que se me asigna, constituye una organicidad también de la fuerza, pero con igual demanda con que el instinto de venganza y de inquina se suman a la constituyente de la debilidad. Si eres débil No. Por eso mi contrincante no puede formar parte del conjunto de mis adversarios.

Demasiado lábil para poder ser considerado una dimensión correcta, alta, con la simetría y proporción de un adversario que de verdad necesito: en los avances de mis investigaciones literarias se revela que un buen adversario se trasluce en un gran problema a dilucidar.

Se trata, en suma, de ponerme al lado de la honestidad; de provocar a duelo a un adversario de igual potencia a mí. De ahí la pregunta: ¿es justo forjar una batalla cuando se siente aversión y desprecio por algún adversario literario? Por principio, no impugno a poeta alguno a no ser que lleve en sus manos una lupa para hacer visible los problemas más generales (los problemas de la investigación artísticas y literaria me refiero).

De esta manera me valgo para «atacar», por ejemplo, al positivismo de la historiografía cubana a través del legado de Enrique José Varona, Fernando Ortiz y Ramiro Guerra. Y por gratitud me expongo también a una suerte de malentendido según cierta escritura y narrativa positivista, descriptiva, que excluye el tono personal y el peligro del fracaso por sí mismo.

Por eso he sido hasta hoy un «intelectual sin éxito», sin reconocimiento, vilipendiado porque siempre estaré por encima del instinto del mendigo. Si se me acusa de llevar a cabo una «guerra contra los poetas», es porque se me está, de algún modo, permitido, hasta cierto punto porque para algunos «Poetas» mi cuerda representa una prueba de benevolencia.

Como distingo vincular mi nombre (El poeta en actos) a una causa cualquiera y formalmente me interesa el devenir de una forma de vida personal, les dejo el siguiente «poemita», incluido en mis Poemas intempestivos:

Lamento

Atrapé al vuelo esa idea
me valí a toda prisa,
de las primeras palabras.
Se me ocurrieron para retenerla
no se me escapara.
La aridez de mis inapropiadas palabras
mató la idea,
que ahora está colgada
de ellas
y bamboleándose.
Cuando la considero,
apenas me explico cómo
tuve la suerte
de agarrar ese pájaro.

Comienza la era del poeta en actos

El interés y llamado de la poesía radica en llevarnos paso a paso a conocer la realidad. Con ella se atraviesan muchos sueños, pesadillas, obstáculos, pero su fin último es dejarnos posicionados, sin ningún lastre, en la verdad. Esa es la belleza de la poesía. Dejarnos en la verticalidad.

La poesía es como un medio de transporte en el que nos apoyamos para cruzar a la otra orilla; es un medio idóneo para emprender un viaje hacia el interior, que es el mayor misterio.

La poesía es también como una linterna: da luz al camino. Nos toma de las manos como a niños y nos guía a transitar satisfactoriamente el recorrido; nos señala que hay en él —lo negativo y lo positivo— para llegar lisonjeramente a la meta, al mismísimo centro de nuestra realidad.

En este sentido, la poesía nos revela dos etapas: una primera en que sus advertencias son de índole racional, aristotélica; y una segunda en la que nos incita a dar un salto hacia lo irracional. La primera por medio del intelecto y la segunda por la acción.

Primero el espíritu de la poesía dice que durante el primer período la búsqueda marchará bien, sin proble-

mas. Descubriremos que las cosas son claras, apetecibles, como si matemáticamente resultasen. Dos más dos son cuatro. Es una etapa de pura especulación y reflexión en que la que nos hallaremos bajo el influjo de los conceptos, las fuentes y el ego.

De esta etapa se derivan, uno seguido de otro, tres descubrimientos. Primero nos topamos con la imagen del mundo. Primer descubrimiento: el mundo que conocemos allá fuera es un reflejo de nuestro mundo interior. Segundo descubrimiento: conocemos luego a quién se le atribuye la facultad de construir la imagen del mundo en nuestro interior. Y el tercer descubrimiento, el más hermoso de esta etapa, sucede cuando aparece la imagen individual, el ego. El ego puede entender fácilmente que es el intelecto —la construcción conceptual, el lenguaje— quien construye la imagen del mundo. El ego —la construcción del yo— es el punto de arribo desde el cual Friedrich Nietzsche se levanta y declara: «Dios ha muerto, el hombre es libre».

Sin embargo, la poesía dice que el viaje no termina ahí. El ego no es el fin del viaje. El viaje no concluye con la asunción del ego poético. Nietzsche ha llegado al término de una imagen; con la imagen del ego ha alcanzado el último peldaño de la primera etapa: ha hecho del ego una imagen. Nietzsche inauguró con esa imagen la era de la posmodernidad. Mediante un esfuerzo lógico traspasó las dos primeras asociaciones de la imagen, para desembocar en lo que caracteriza a la actual naturaleza de la vida humana: el hombre es imagen de la voluntad de poder. La libertad se reduce a ese poder.

La poesía apuesta en lo adelante por un segundo período: la imagen del salto. Pero entre el salto y la imagen de la voluntad de poder hay un tránsito, un período: es donde se pone fin a la historia de las eras imaginarias y se da comienzo a la era del poeta en actos. Es un periodo de muchas dificultades porque la voluntad de la imagen, el ego poético, se vuelve un obstáculo para dar el salto. La obra de Lezama, por ejemplo, se halla en el crepúsculo, compartiendo tanto la voluntad de la imagen como recreándose en la eternidad del acto poético.

El segundo período comienza con la imagen serena del poeta en actos. Es un período donde se atraviesa no del todo el mundo de la voluntad. La imagen no está relacionada con el poder, o el esfuerzo, pero sí con la entrega. Se necesita aún voluntad para efectuar la entrega. La poesía conduce a que las imágenes de cada era imaginaria sean entregadas y se disuelvan en una imagen mayor, en la totalidad de la imagen. Es entonces cuando desciende *Bayam* como imagen. El poeta en actos es una acción al mando de la totalidad. Para el salto se requiere de la voluntad del ego poético.

Los mecanismos del intelecto y la lógica ayudan. La voluntad del poderío y las coordenadas del sistema poético del mundo lezamiano van dentro de los objetivos de la poesía, pero en una primera etapa. El poeta en actos es la superación, y con él comienza la segunda etapa del espíritu poético. Hay una tercera etapa, indescriptible, pero la hay. En ese espíritu la poesía carece de imagen.

En resumen, la propuesta de la poesía es una invitación a un viaje hacia el interior, profundo, para llegar al centro de la realidad humana. Para ello el viajero debe

atravesar y superar todas barreras. Debe retirar todos los obstáculos, todas las imágenes. Imagen tras imagen deben ser desmontadas. Es un proceso de deconstrucción de la imagen. Y ese es el objetivo de la poesía. Cuando en un texto (ensayo, narrativa o poesía) no encuentra un proceso articulado de deconstrucción de la imagen, no ha estado imbuido por el espíritu de la poesía.

De modo que la imagen del poeta en actos también es, paradójicamente, una barrera para finalizar el viaje. Debe ser desmontada. Es un punto donde el viajero tropieza con un nuevo enfoque de la poesía, pero aún es un sueño poético; abre una nueva era imaginaria, constituye un paso hacia adelante, pero aún es un obstáculo para conocer la realidad.

Una vez que el poeta en verso ha concluido su trabajo, el poeta en actos se pone en acción para ayudar a continuar el viaje. El viaje no será a partir de entonces lineal, en dirección recta. Los teólogos, como en las invocaciones de Lezama sobre el forcejeo Fronesis vs Cemí, conciben el asunto de la evolución humana en forma histórica: el ser no es para la muerte sino para la resurrección. Pero Fronesis en Cemí nunca seguirá siendo el mismo Cemí. Lezama cree que Cemí es el punto omega.

Una era en este sentido, en la que se destaca el poeta en actos, no responde a un tiempo histórico. La era del poeta en actos es trascendencia respecto a la Historia, e incluso al punto omega. Decir incluso «ha llegado una era del poeta en actos» es un error de principio. Pues al llegar a ser pone fin, y es ilógico. El poeta en actos no contiene, siendo una imagen, alfa ni omega: es una

vivencia incontestable. ¿Es posible que una vivencia sea atrapada por el tiempo histórico? ¿Posee la vivencia finalidad?

Lezama imaginó una era a partir de la coagulación de la imagen en el tiempo histórico. Pierre Teilhard de Chardin dice en una de sus obras fundamentales, El *fenómeno humano* (de la cual Lezama parece haber extraído sus postulados), que existe un esquema lógico dividido en tres etapas para comprender la evolución de la conciencia humana: complejidad, concentración y dirección. Aplicar este esquema a la segunda etapa del espíritu de la poesía es para mí erróneo. Como es erróneo concebir terminada la estética del espíritu poético en la primera etapa.

Cuando la era del poeta en actos termine, dentro de los términos de un proceso de deconstrucción de su imagen, el hombre habrá alcanzado definitivamente la realidad. Entonces el objetivo de la poesía habrá llegado. Cuando José Martí dice en carta de despedida a su amigo Gonzalo de Quesada «sé desaparecer», estaba emitiendo un mensaje acerca de la deconstrucción de su propia imagen como poeta. Estaba admitiendo que su imagen, la del poeta en actos, era la última barrera frente al viaje definitivo.

Este no es un libro de crítica, aun cuando se pueda considerar como tal. Lo que le interesa exponer al *alter ego* de Ángel Velázquez Callejas, *El poeta en actos*, a lo largo de estas páginas, constituyen simples consideraciones prácticas y ascéticas, ebulliciones en torno al sentido de la poética, como relato y discurso. Evitando tecnicismos y encasillamientos escriturales y literarios, la lengua de *La antorcha perdida de la poesía* recuerda y brinda homenaje a la sentencia de Heidegger: «el lenguaje es la casa del ser», como si el hombre fuese una posibilidad espacial en el claro, y un atrevimiento local de unión y de cercanía.

Extraviada entre los azares del intimismo, la experiencia y la memoria, la poesía puja por un nuevo renacimiento. Lo que Paul Celan intuyera: «la poesía no se impone, se expone».

9 798488 347663